# El Hebraismo y las bases psíquicas de la Historia

POR ROMULO MENESES

Después que han sido sentadas las premisas para una mejor comprensión de la Historia, la principal de ellas a base de una psicología multitudinaria, — el inconciente colectivo de Young — el cristianismo, rejuvenecimiento del acento religioso del Israel semítico, es también susceptible, como cualquier otro fenómeno análogo, de instrumentarse conforme a la clave y tono de las nuevas conclusiones filosóficas. Conclusiones éstas que van purificando las viejas fuentes históricas y las relaciones conceptuales que se establecieron antes, cuando se hacía girar un determinado orden de acontecimientos, ideologías, sistemas políticos y religiosos al rededor de cierto pueblo, cultura o determinada personalidad histórica: Budha, Confucio, Cristo, Alejandro, César, Napoleón o Bolívar.

Spengler, con su morfología de las culturas, antes qué él, Frobenius y, — Alfonso Paquet lo afirma — antes aún que Frobenius el ruso Kireyewshi, vienen desde tiempo auscultando la mortecina y espectacular catharsis de una cultura que se vá. Que se va sumergiendo con su sino en las profundidades de los senos cósmicos en donde esa cultura de Occidente. como otrora la India, China, Egipto o Roma quedará archivada en el anaquel correspondiente a cada estadio del espíritu humano.

En el organismo del método histórico, Wells, también por su parte, desarticula para articular mejor, coyunturas que se habían soldado tan mal que sus falsos ajustes entorpecían esa cabal interpretación de la historia.

Y últimamente el lituano Hermann Keyserling, difiriendo de Splengler en que su actitud no trata de resolver este fenómeno determinando su solución en un irremediable destino cósmico sino en el de la libertad, aunque condicionada a resolver en los pueblos disposiciones fijas como un hado, ha dejado también definido el concepto de que no son las ideologías o doctrinas desarrolladas por un hombre — a quien otorgamos generalmente demasiada originalidad — las que representan el sentido de una época, sino que es el estado psíquico colectivo precursor, contemporáneo y posterior lo que dá fuerza expansiva y proselitista a esas tesis. Lo transferible, lo general humano, lo que puede ser común a todos ejerce preeminencia y dominio sobre lo instransferible, quiere decir, lo exclusivo, individual, particular de una cultura. La multitud que se proyecta sobre el individuo.

Con estas reglas en la mano, el Cristianismo es sobre todo un fenómeno histórico y Jesús, el rebelde educador galileo, una personalidad excepcionalmente predispuesta para ser símbolo de ese fenómeno y sugestivamente dotada para un atento y estudioso análisis.

El Cristianismo, como la democracia, como el parlamentarismo, el comunismo y demás ismos sociales, representa principalmente, superiores expresiones del espíritu encaminadas a producir un movimiento mas o menos universal y a base siempre de sentimientos abstractos del subconciente, amor, igualdad, libertad, justicia. Así, pues, un gran reformador existe por causales de influjos cósmicos y razones psíquicas de las muchedumbres y tiempo a que pertenece. No son los hombres en sí los que fijan el ritmo de la respiración histórica, aun cuando la conducen; ni las ideologías, sistemas ni doctrinas, sino los estados colectivos—círculos culturales de Frobenius—con sus necesidades vitales los que predeterminan, crean un espíritu capaz de ser síntesis, representación y expresión de ese palpitar, y capaz al mismo tiempo de adoptar actitudes prometeicas de revolucionarismo social, político o religioso.

La raza de Abraham y Moisés fué raza rebelde, nacionalista y fanática. Los hebreos, pueblo de rígidos contornos religiosos y dilatados destinos, no eran ajenos a la sentencia de que las rebeldías, como una necesidad, abonan las fuerzas espirituales de un pueblo y son fecundante energía de esa voluntad de potencia, que llama Nietzsche, para el desarrollo de las posibilidades de acción de un pueblo o raza. Dentro de ese acento rebelde, si hay que conceder a los judíos de esos tiempos una suprema aspiración, el ideal del caso precristiano no sería otro que el fatigoso y desesperado anhelo de esperar y confiar en que nacería el Cristo de las veteranas profecías. I si un ideal es en último y máximo término una esperanza, Cristo, así, fué para ellos el arquetipo simbólico actualizado de su ideal. En éste como en otros tantos casos de la Historia el hombre ha confundido los arquetipos con los ideales como observa Ortega y Gasset en los preludios de su ensayo sobre Mirabeau.

Aquí conviene anotar el profetismo de la segunda venida, el regreso apocalíptico. La herencia hebraica del cristianismo se manifiesta palpablemente en esta última predicción y en su trasposición a dogma dentro de la praxis romana. Pero a la altura en que la humanidad se halla, supercivilizada en un maquinismo múltiple, la póstuma profecía ya nada significa sino es un curioso documento psicanalítico de Juan arrobado en Patmos. La segunda venida carece pues de la idealidad, si debemos llamar así, con que el hombre esperaba la primera. Hoy el hombre no está conformado a asimilar tales creencias y la especie, deshebraizada casi, no podrá modelar otro Cristo.

Los hebreos traían su sino bien delineado en sus Escrituras. "No fueron tanto los judíos—nos dice Wells—quienes hicieron la Biblia como la Biblia quen hizo a los judíos." Cristo era la nota dominante y el principal capítulo, casi el todo de ese anhelo. De aquí que la misión y la fisonomía moral de "el que ha de venir" (Habacuc) esté perfilada, hasta prebiografiada en las exortaciones de sus profetas como Isaías, Zacarías, Amós, Joel y en las reflexiones de sus reyes como David, Samuel y otros. Juan mismo, el Precursor de este espíritu de renovación es llamado desde Malaquías "el mensajero que aparejará el camino delante de su faz." Los Psalmos están henchidos de cristiana predicción. La Biblia entera es un documento de hiperestésico patriotismo, jactante y exagerado. La palabra de Isaías, anatematizante e inquieta como un volcán en actividad, es de una prodigiosa anticipación crítica del estado fronterizo a los tiempos de la nueva era.

No es aventurada inducción el suponer, pues, que todo ese acopio de esperanza, el producirse intelectual que se remontaba hasta los orígenes mesopotámicos del hebreismo,—más de 2,000 años anteriores a Jesús—la psicología de cálculo y previsión, esa tensión profética siempre dispuesta a emocionar a Judá, formándole, por decirlo así, una conciencia de vaticinio de fatal cumplimiento; el alma de la colectividad que no cesaba de anunciar el nuevo pacto de su Dios, siempre irascible,, con la casa de Israel, paulatinamente iba formando un subconciente propicio a crear una figura de determinantes fines históricos como la de Jesús, advenimiento que tenía que suceder, desde que esas circunstancias psíquicas lo contorneaban con tales caracteres. Esto, aparte del sistema cíclico en que intermitentemente cada edad parece formar una personalidad magistral.

Por eso él mismo, en autos de todo lo que de EL se había escrito, se sintió responsabilizado ante el Padre,—su imperativo categórico— y, lo que es más notable, Elegido para salvar, guíar y apacentar Israel, cuando alguna vez abriendo el libro de Isaías en la Sinagoga, compulsó su propio destino y estimó llegada su misión de amor y caridad. Entonces, con la arrogancia de un garbo heroico pero conciente, comenzó a predicar: "Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos" "Arrepentíos que el reino de los cielos se ha acercado."

Obró en conformidad con la imposición profética. Obsesionado por la predicción de Miqueas, habiendo nacido él en Betldehem, sumado este intransferible a sus excepcionales disposiciones orgánicas de apóstol, a su contextura espiritual y, principalmente, a la proyección sobre él del subconciente colectivo de su nación sedienta de un hombre así, todo hizo que surgiera como un producto nato de la psicología hebrea, convirtiéndose en símbolo de los tiempos nuevos.

La pasta con que se amasaba la venida del de Galilea estaba en el punto manométrico de su formación cuando EL nació. Despues, EL hizo lo demás.

La multitud fija también su campaña social. La corrupción de un sacerdocio metalizado y decente que había convertido en cueva de ladrones la casa de oración, la transformación de las costumbres de Israel, la agonía de lo tradicional como gestión histórica, la romanización del Asia Menor, la difícil infiltración del imperialismo romano que causaba en la prole hebrea, patriota y ce-